

EDITORIAL

Educación, Tolerancia y Desarrollo Sostenible

Vivimos tiempos de sobresalto. El mundo todo se haya convulsionado. En las pupilas de muchos hombres, mujeres, jóvenes y niños fijadas están las imágenes de las inmensas nubes de polvo, generadas por el derrumbe inesperado de uno de los íconos del sistema financiero mundial; así mismo, estupefactos mucha gente contempló la agresión de la que fueron víctimas unos niños que, inocente y alegremente, se dirigían camino a su escuela y tuvieron que atravesar el territorio “prohibido” por personas de otro credo religioso. Estas son apenas dos ínfimas muestras de un fenómeno que, lamentablemente, cada vez se hace más extendido: *La Intolerancia*.

Sobre la base de, más presuntas que reales, diferencias étnicas, religiosas, culturales, sociales, políticas o económicas, se trata de justificar los crímenes de lesa humanidad más abominables. Pareciera que, a pesar de los inusitados adelantos tecnológicos, estamos transitando un proceso de involución. Da la impresión de que el crecimiento humano tuviese una magnitud inversamente proporcional al desarrollo tecno-científico.

Por otro lado, a los atentados contra las personas se suman las agresiones contra el ambiente: suelos fértiles son cubiertos de asfalto; egregios árboles son sustituidos por moles de concreto; cristalinos ríos son convertidos en fétidos cursos de aguas servidas; todo ello, paradójicamente es realizado en nombre del progreso. Las situaciones antes mencionadas tienen un mismo origen: la precariedad de la educación.

En efecto, los organismos internacionales encargados de observar el desenvolvimiento de las instituciones prestadoras de servicios educativos, han constatado que la calidad de éstos dista mucho de estar a la altura de los niveles deseados. De este modo, los usuarios de tales servicios, especialmente los niños y jóvenes que transitan por los espacios escolares formales egresan de ellos sin haber recibido la información esperada y, mucho menos, la formación en valores que la sociedad aspira que aquellos proporcionen.

En esta última carencia podría estar residiendo la fuente que alimenta los dos flagelos que, al principio, hemos anotado: la agresión hacia quienes, en apariencia, nos resultan diferentes; y el tratamiento despiadado hacia nuestro entorno; el primero es la intolerancia en tanto que al segundo se le ha denominado toponegligencia; son dos formas de desprecio, el uno en relación con el prójimo, el otro dirigido contra nuestro hábitat. Ambos son hijos de la ignorancia y ésta sólo puede ser eliminada con educación, educación y más educación.

Así que, en la supresión de estas dos máculas de la sociedad actual, grande es la responsabilidad de los educadores, y mayor aún lo es de quienes son sus formadores en las escuelas universitarias de educación y en los institutos superiores de formación docente. Su compromiso es lograr que la sociedad avance hacia niveles cada vez más elevados de respeto por las demás personas (tolerancia) y por el ambiente (desarrollo sostenible).

Dr. Fredy González
Director

Datos de la Edición Original Impresa

González, F. (2003, Diciembre) Editorial: educación, Tolerancia y Desarrollo Sostenible. *Paradigma*, Vol. XXIV. N° 2, Diciembre de 2003 /5-6